

Contenidos

Boletín Museo del Oro

Carátula - Créditos- Noticias
[1-5]

Michel Perrin

Los caminos de la creación en el arte de las molas cunas.
[6-20]

Anne Legast

La figura serpentiforme en la iconografía muisca.
[21-39]

Fernando Urbina, Blanca de Corredor, María Cecilia López y Tomás Román

La metamorfosis de Yüida Buinaima. Versiones de los uitotos y muinanes sobre el origen mítico y la hechura del maguaré.
[40-76]

William Torres C.

Liana del ver, cordón del universo: el yagé.
[77-91]



Liana del ver, cordón del universo: el yagé

WILLIAM TORRES C.(NOTA 1)

Abstract:

Yage or ayahuasca (*Banisteriopsis caapi*) is the shamanic plant of Indian societies of the Amazon region, which allows seeing the totality of the cosmos, whether material or immaterial. It is a sacred plant, an enteogen («God inside») that propitiates in the shaman a demiurgic power and allows him even to live in mythological spaces in order to act over health and future. Its action is not imaginative, it does not correspond to “dream generation” states or to “mental metaphors”. “It is pure reality”. This article gathers the mythological explanation of yage in several Colombian indigenous societies (Siona, Tucano, Uitoto, Inga, Desana, Sikuani) and exposes surprising yage-travel chronicles where action has the power of life.

Resumen:

El yagé (*Banisteriopsis caapi*) es la planta chamánica de las culturas indígenas amazónicas que propicia el *ver* con claridad la totalidad existente en el cosmos, lo material y lo inmaterial. El yagé es una planta sagrada. Es un enteógeno (“dios-adentro”) que propicia en el chamán una potencia demiúrgica e inclusive le permite *vivir* espacios mitogónicos para actuar sobre la salud o sobre el futuro. Su acción no es imaginativa, ni fantasiosa, ni corresponde a estados “oneirógenos” o de “metáforas mentales” de “tipo hipnagógico”: “Es pura realidad”. El artículo recoge la explicación mitológica del yagé en diversas culturas indígenas colombianas (Siona, Tucano, Uitoto, Inga, Desana, Sikuani) y expone sorprendentes relatos de viajes donde se actúa con potencia de vida.

Riusú se sentó en medio de la selva, muy cerca de un gran árbol. Con sus manos empezó a sobarse el cabello, lo echó todo hacia delante sobre el rostro. Luego se peinó. Uno de sus cabellos cayó al suelo. Se enraizó y creció abrazándose al árbol. Un gran bejuco brotó en la selva del cabello de **Riusú**, el creador del cosmos, el gestor de la existencia, el gestor de la cultura. Ese cabello es **'ikó**, el yagé (*Banisteriopsis caapi*), la planta que propicia el **ver** con claridad la totalidad existente en el cosmos, lo existente material y lo inmaterial de lo existente. Quienes optan por beber **'ikó** en su vivir, pueden llegar a existir como **ñawaingé** (“el que ve”): ver con claridad lo material-inmaterial de lo existente y aprender a actuar con potencia de vida.

El abuelo siona Francisco Piaguaje (**pia**: “ají”, **guaje**: “gente”) explica así qué es el yagé. Los Siona, habitantes de las márgenes del alto río Putumayo, pertenecen a la familia lingüística Tucano Occidental. Ellos comparten con los Tucano del Vaupés (familia lingüística Tucano Oriental) la conceptualización de la liana del yagé como el cabello de un ser masculino ancestral. Así le explicaron al etnobotánico Schultes:

“El río es un hombre cuyos pies están en la boca del río; sus brazos extendidos representan a los afluentes y su cabeza es la fuente. El hombre agita su flotante cabellera, de la que se desprenden las hojas del bejuco del yagé. Al caer en el río, las hojas se convierten en peces”

(Nota 2).

Este hombre-río ancestral es así mismo la gran anaconda, la boa acuática. Sus cabellos se enroscan en los árboles materializados en bejuco-vegetal-yagé. El yagé-cabello es anaconda-agua-bejuco-vegetal-yagé, es cuerpo múltiple que se distribuye en los espacios a la manera del cordón umbilical del universo. Así lo conceptúan los uitotos.

El abuelo Oscar Román de la gente **enókayi** (“mafafa roja”), de la comunidad Uitoto de Araracuara, enseña que el yagé es cordón umbilical. Es el cordón que une el niño a la madre en el vientre. Es el que le da la sustancia de su alimento. Al nacer el niño, al cortarse el cordón, ya no saborea este alimento por un tiempo, y sólo volverá a alimentarse de él cuando tome yagé. Así volverá a estar alimentado por la Madre-Universo porque el yagé es el cordón umbilical del Universo (Madre-Ancestro) que une todos los espacios del Cosmos. Para los Uitoto, el yagé, nombrado **unao**, es así mismo un hombre, un sabio ancestral, **Unamarai**, en cuyo nombre está el yagé (**unao**). El dedo índice de su mano es entregado, en forma de liana, a los primeros hombres para hacer de ellos hombres-sabios. Bebiendo el bejuco-índice de **Unamarai**, los primeros hombres encontraron la sabiduría y el conocimiento para gestar la cultura. Bebiendo el yagé encontraron de nuevo el alimento de la Madre-Universo. Al beberlo, viajaron por el hilo invisible (**nika+ íga+**) que los condujo por todos los espacios del cosmos: el submundo, la interioridad de la Tierra, lo subacuático, los mundos aéreos, lo celeste... Todos los espacios del cosmos estaban unidos por el cordón invisible del yagé. Al beberlo se obtiene la sabiduría y el conocimiento del Universo; por eso decidieron sembrar una parte del bejuco-índice de **Unamarai**, y en homenaje a él, lo nombraron **unao**. De él surgieron dos variedades, una masculina, **yaduma**, y otra femenina, **medora**.

Los **Yachac Runa** (“hombre-sabio”) ingas del Valle de Sibundoy (Putumayo) hablantes de lengua Quichua, narran cómo fue el encuentro con el yagé: en el tiempo primigenio toda la tierra estuvo a oscuras. Ya estaba poblada por todos los seres incluyendo al hombre. Pero éste carecía de inteligencia y erraba a tientas buscando los alimentos. Realizando esta labor, los hombres tropezaron con el bejuco del yagé; lo partieron por la mitad y lo dieron a probar a las mujeres, y esto les produjo la menstruación. Al observar esto, los hombres deciden probarlo y quedaron extasiados al ver cómo el pedazo que les sobró empezó a crecer y a trepar hacia el cielo. Poco a poco, las sombras tomaron contorno y las siluetas empezaron a dar pequeños destellos. En el fondo del cielo, vieron que el yagé penetraba en una flor inmensa que, al ser fecundada, configuró el **Sol**. De allí bajaron los hombres-Sol-yagé, cada uno tocando una melodía distinta con sus flautas y tambores. Cada melodía se transformó en un color distinto. Cuando llegaron a la Tierra, se dispersaron y cada uno depositó la luz y el color en cada ser. Cuando el mundo estuvo iluminado, toda esa sinfonía de colores y música hizo brotar el entendimiento en los hombres, creando así la inteligencia y el lenguaje. Desde entonces los **Yachac Runa** usan el yagé porque así se **ve** el mundo como es y la inteligencia se expande haciéndose todo claro y armónico en el espíritu del **Yachac** (Nota 3). Por ello, los Ingas le asignan el nombre de **indihuasca** (**indi**, **inti**: “sol”, **huasca**: “bejuco, enredadera”).

Liana del Ver



Los Desana, primos-cuñados de los Tukano, explican por qué existe esa relación del yagé con el Sol. **Pamurí Mahsë** (“Padre-Sol”) fijó su mirada en la Casa-de-las-Aguas (**dia vii**). Allí estaba **Gahpi Mahsó** (“yagé-mujer-madre”)  la lo miró y así quedó preñada. De la mirada de Sol, nació **Gahpi Mahsan** (“yagé-gente”). Sol fijó su mirada fértil en **Gahpi Mahsó** porque ella fumaba cigarro. Ella es hija del vómito que Tercer-Cuarzo-Trueno propició en el primer chamán-demiurgo. Dos mujeres nacieron de este vómito. Los Hombres-Cuarzo-Trueno son cinco hermanos, nombrados **etan bë weli mahsá** (“Cuarzo-Trueno-Relámpago-Rayo-Gente”). Ellos fueron creados por **etan bë tali bu** (“cuarzo-ancestro”), nombrada también **Yebá Bëló** (“Tatarabuela-Universo”). **Yebá Bëló** brotó de la nada, se formó de seis cosas pre-existentes e invisibles: **së-kali** (“bancos”), **salipu** (“soportes de cazuelas”), **kuasulu pu** (“cuencos”), **kuasulu verá** (“calabazas de **ipadú** –“coca”–”), **dëhkë iuhku verá pogá kuá** (“brotes de mandioca, **ipadú** –“coca”–, tapioca, cuenco”), **muhlun iuhku** (“cigarros, tabaco”). De esas cosas ella se hizo a sí misma. Ya formada, pensó en cómo debería ser el futuro del mundo. Ella pensaba así en su morada de cuarzo, en la **etan bë tali bu**. Mientras pensaba mascó **ipadú** (“coca”) y fumó **muhlun iuhku** (“cigarro”). Su pensamiento comenzó a configurarse, a levantarse en una esfera que culminó en una torre. Se configuró como una

gota-burbuja. Al levantarse, la esfera incorporó toda la oscuridad. La oscuridad era el universo y el universo era la gota-burbuja. Sólo en el compartimento donde **Yebá Běló** se hizo, había luz, porque era de cuarzo. Nombró a la esfera **ëmëkho patolé** (“universo-barriga”), maloca-grande. Y quiso poblarla. Mascó de nuevo **ipadú** y fumó cigarro. Sacó el **ipadú** de la boca y con él formó a los Hombres-Cuarzo-Trueno. La Madre-Universo les encomendó hacer la luz, los ríos y la futura humanidad. Pero los Trueno no cumplieron su mandato. **Yebá Běló** volvió a mascar **ipadú** y a fumar cigarro; del humo formó un ser invisible, que no tenía cuerpo, que no se podía ver ni tocar. Lo cogió y lo envolvió en el **weré imika’lu** (“defensa, parí”), como cuando las mujeres dan a luz, y lo saludó diciéndole: **Emëkho sulan Panlamin** (“universo, palabra-ceremonial, biznieto”). Su segundo nombre es **Yebá Ngoaman** (“Tierra-creador”). Y le encomendó hacer la creación que los Trueno no hicieron.

Desde el **etan bë tali bu** (compartimento de cuarzo blanco donde había aparecido), **Yebá Ngoaman** levantó su bastón-maraca mágico, hasta **emësin doló** (“la torre del gran murciélago”, la torre en que termina la esfera-universo). La punta de la lanza-sonajero (**bejóri**) portaba adornos masculinos y femeninos: **nailon poañe émané nomeamñé** (“adorno, plumas rojas de tucán y amarillas de yapú, masculino, femenino”). Y ellos brillaron con distintos colores: blanco, azul, rojo y amarillo. Tenía además pendientes especiales, masculinos y femeninos, llamados **sëmeká mihi ëman mihi, abé pon mihi nomean mihi**. Con estos adornos, colocados en el bastón por **Yebá Běló**, en la torre del gran murciélago, la punta del bastón adquirió un rostro humano, dando luz donde había oscuridad hasta los confines del mundo. Era Sol que acababa de ser creado. **Yebá Běló** lo cubrió con una corona de plumaje de guacamayo: **mahá weá iëhsë** (“guacamayo, muchas, plumaje”).

Yebá Běló sacó de su seno izquierdo semillas de tabaco y las aventó. Después sacó leche del seno derecho y también la derramó. La semilla de tabaco formó la Tierra y la leche fue su abono. La esfera-universo quedó dividida en cuatro capas: en la primera se encuentra el compartimento del cuarzo, el cuarto de la Abuela-Universo; la segunda, que se superpone a ésta, es de color amarillento y no se sabe exactamente lo que existe en ella; la tercera es la superficie de la Tierra; la cuarta es el firmamento, morada de Sol. Encima de ella está **ëmesin wi**, la casa de **Emëkho Ñehkó** (“Tercer-Cuarzo-Trueno-Relámpago-Rayó”) quien estaba envidioso con la obra de **Emëkho sulan Panlamin** (“el Creador”). Tercer Trueno era el guardián de los adornos de plumas antiguos, usados en las danzas. **Yebá Běló** había instruido al Creador para que se elevase en el espacio, se dirigiese a la casa de Tercer Trueno y le pidiese esos adornos para con ellos formar la futura humanidad. La casa de piedra blanca estaba cerrada. Al abrir la puerta de piedra blanca, de ella surgió el hermano del Creador, **Emëkho mahsan Boleká** (“universo, persona, pez uarucú”), el **ohpë** (“jefe”) de los Desana. Tercer Trueno extendió frente a los hermanos un parí. Se apretó la tripa y de su boca saltaron diademas y otros adornos de plumas para la cabeza, collares de

cuarzo, collares de dientes de jaguar, placas pectorales, horquillas para sujetar el cigarro e instrumentos musicales. Expulsado todo, le enseñó al Creador los ritos que debería realizar para que los adornos se transformaran en gente. Cada pareja de adornos era un hombre y una mujer, que llenaron la casa de Tercer Trueno. Dieron una vuelta a la casa y volvieron a transformarse en adornos. “Actuad así cuando vayáis a instalar las casas de transformar gente, para formar la futura humanidad”, les dijo Tercer Trueno.

Tercer Trueno y los dos hermanos bajaron a la Tierra. En el Océano, Tercer Trueno se transformó en la Anaconda-Canoa, **Pahmulin Gahsilu**. Los dos hermanos eran los conductores de esa Anaconda-Canoa. Del Océano remontaron el río Amazonas, de éste el río Negro, de allí al Vaupés, de él al Tiquié y después retornaron a la desembocadura. Durante el recorrido fueron haciendo malocas y realizando el ritual de transformar los adornos en gente. En total fueron cincuenta y seis malocas desde la laguna ancestral hasta la bocana. En la trigésima maloca, **diá baiá bē wi** (“río, maestro de ceremonias y jefe de las grandes malocas, gran casa”), los hermanos realizaron un rito con cigarro e **ipadú** (“coca”). En este ritual, Tercer Trueno los hizo vomitar y con el vómito creó dos mujeres. Una de ellas mascó **ipadú** y la otra fumó el cigarro. La mujer que fumó el cigarro dio a luz a **Gahpi Mahsan** (“yagé-persona”) al mirar a Sol. Sol la preñó con su mirada. La que mascó **ipadú** parió a las araras (“guacamayos”), japus y otras aves que tienen plumas de colores, de las cuales los hombres harán sus adornos plumares.

El niño-yagé nació el día en que el Creador distribuyó las lenguas de las distintas tribus. Cuando **Gahpi Mahsó** sintió los dolores del parto, sus piernas temblaron. Su temblor pasó a las piernas de los hombres que estaban en la maloca-río-maestro-de-canto. A continuación sintió el estremecimiento del parto y éste alcanzó a la humanidad que estaba en aquella casa. Colocó en el suelo, donde iba a recibir al niño, trenzados de arumá de diversos colores: **bow uhē kolegahsiró** (“arumá de una cierta especie, estera”), **móveru uhē kolegahsiró** (“pequeño sapo de la floresta, arumá, estera”), **aunsun uhē kolegahsiró** (“masa como la mandioca, arumá, estera”), **dehkó uhē kolegasiró** (“agua, lluvia, arumá, estera”), **pinlun uhē kolegahsiró** (“serpiente, arumá, estera”). La visión de la variedad de colores de estos trenzados penetró en los ojos de la gente que estaba en la maloca-río-maestro-de-canto. Mientras tomaban el yagé, el **baiá** (“maestro de canto”), el **kumú** (“payé”, chamán) y los danzarines veían los dibujos de los trenzados de las esteras que aparecieron cuando apareció **Gahpi Mahsan**. El **kumú** recitaba uno por uno los nombres de los dibujos para que fuesen recordados: **alun gohsoli** (“pedazos de beijú”), **wahtin ñaduhku pu** (“rodilla del diablo”), **biá ñēhtēni** (“semilla de guidilla”), **piká** (“rombo”), **wahsun déhpēri** (“ramas de *wahun* (árbol)”).

Antes de nacer **Gahpi Mahsan**, su madre perdió sangre. El rojo de su sangre impregnó los ojos de la humanidad. Al nacer el niño, cortó su cordón umbilical (**sumundá**). Ante la vista de los

hombres, ese **sumundá** se apareció como pequeñas serpientes. Después la madre fue a lavar a su hijo que se estremeció de frío. Ese temblor también alcanzó a los hombres. A continuación, pintó el rostro del niño-yagé con **ngunuñá**, la tinta roja extraída del *carairú*, y con tabatinga blanca, roja y amarilla. Ante la vista de los hombres aparecieron los colores de la pintura del rostro del niño. Cuando **Gahpi Mahsan** entró, las imágenes eran tan abundantes que la gente no podía reconocerse los unos a los otros (Nota 4). La liana del yagé es nombrada **caapi** (derivada de **Gahpi**) por los Desana. De éste, tomó su nominación botánica en la cultura occidental: *Banisteriopsis caapi*.

En otra versión de los Desana, se dice que cuando **Gahpi Mahsó** entró al centro de la maloca, preguntó: “¿Quién es el padre de este niño?”. Había un hombre sentado en un rincón y de la boca le escurría saliva. Se le tó y, asiendo la pierna derecha del niño, dijo: “¡Yo soy su padre!”. “¡No!”, dijo otro, “¡Yo soy su padre!”. “¡No!”, dijeron los demás, “¡Nosotros somos el padre del niño!”. Y entonces todos los hombres se lanzaron sobre el niño y lo hicieron pedazos. Arrancaron el cordón umbilical y los dedos, los brazos y las piernas. Despedazaron al niño. Cada quien tomó una parte, la parte que le corresponde a él, a su gente. Y desde entonces cada grupo de gente tiene su propia variedad de yagé (Nota 5).

Dos series de acontecimientos emparentados con el río que se desplaza al interior de la selva poblada de árboles nos alan el espaciamiento del yagé: aquella que va del cabello a la liana y aquella que va de la mirada de Sol a la gestación de un niño-liana. El río es la gran anaconda, la anaconda es el cuerpo de un hombre (“Tercer-Trueno-Cuarzo”) en el que viajan los demiurgos para poblar la Tierra con las gentes en que se transforman los adornos chamanísticos donados por el hombre-trueno-cuarzo-anaconda-canoa-río. La selva es el espacio de poblamiento en el que los hombres encuentran o siembran la liana. Pero también en ella habita un hombre que dona su índice para que de él brote el yagé-cordón-umbilical-del-universo, liana que une todas las dimensiones del cosmos. Y en ella se topan los hombres con el bejuco-yagé que florece en Sol para iluminar el mundo en musicalidad y colorido, y gestar la inteligencia y el lenguaje en ellos. El mismo Sol que con la potencia de su mirada preña a la mujer-madre-yagé, hija-vómito del chamán ancestral, para engendrar al niño-gente-yagé.

En las llanuras orientales, en la Orinoquia, espacio habitado por los Sikuni (familia lingüística Guahibo), se conoce el uso del yagé de una manera diferente (Nota 6). Ellos narran en su mitogonía cómo llegaron a conocerlo, a saber de su existencia. Al encontrar el árbol **kaliwirnae**, el árbol de todos los frutos y alimentos cultivables, y al intentar tumbarlo, se dan cuenta que está sostenido por dos bejucos que nacen del fondo de la Tierra y ascienden hasta lo celeste. Uno de estos bejucos es el barbasco (*Phaseolus singapou*), que les propiciará una nueva técnica de pesca; el otro es el yagé (**juipa**, en gua Sikuni; nombrado genéricamente **caapi** en toda la orinoquia).

Taita Martín Agreda, chamán
Kamèntsá (Valle de Sibundoy)
cocinando Indihuasca
(*Banisteriopsis caapi*).



Estos bejucos son trozados por su cepa para permitir que el árbol que abunda en frutos caiga. Las arditas (*Sciurus granatensis*), macho y hembra, fueron las encargadas de cortar el bejuco del yagé. Al cortarlo, la ardita hembra que se colocó en la parte superior, fue arrojada a lo celeste y configuró el resplandor de Sol al atardecer, el crepúsculo. Al cortar los bejucos que sostenían el árbol-de-los-alimentos, del bejuco-yagé sólo quedó su raíz. Por ello, los Sikuaní dicen que sólo usan la raíz del yagé. La extraen del subsuelo, le lavan su corteza en las quebradas, la asan, separan la corteza del núcleo leñoso de la raíz y mascan la corteza asada de la raíz del yagé para embriagar el cuerpo al inhalar el *yopo* (**dopa**, en lengua Sikuaní, *Anadenanthera peregrina*) y poder acceder a la potencia chamanística.

Este transcurso mitogónico del yagé, nos permite anotar algunos aspectos de su uso chamanístico. Los mitos son acontecimientos ancestrales en los que se enuncia un saber. Su temporalidad va desde los tiempos primigenios hacia el porvenir, el cual se activa en los rituales del yagé. El yagé es una planta sagrada. Requiere una preparación especial, tanto de quienes lo van a beber, como en su preparación misma. Quien se propone llegar a ser un bebedor de yagé debe activar una actitud ética, *un cuidado de sí*, una estética de existencia. El abuelo uitoto Oscar Román prescribe cinco *enfermedades* de las cuales ha de cuidarse un hombre de saber: la tristeza, el miedo, la rabia, la pereza y la envidia. Así mismo, don Juan Matus Matus —el brujo yaqui-tolteca— prescribe cuatro *enemigos* de los cuales ha de cuidarse un hombre de conocimiento: el miedo, la claridad, el poder y la vejez. En estas dos series de prescripciones se precisa un *éthos* del arte de la vida. Las dos series configuran una *etología* del chamanizar como un modo de existencia. El yagé, además de curar las afecciones físicas, fisiológicas y psíquicas, realiza una curación mayor. Propicia una salud mayor, una salud ética. Cura el modo de existencia al conjurar las *enfermedades* y los *enemigos* del saber y del conocimiento, al gestar un estilo de vida guerrero. Quien vive esta curación es aceptado por las fuerzas del yagé para prepararlo y ofrecerlo. Preparar y ofrecer el yagé exige una disposición: disponer de un espacio adecuado, un espacio ritual exclusivo para ello. El abuelo siona Francisco Piaguaje lo nombra **+ñawé** (“casa de ver, espíritu”, casa de yagé). Allí el abuelo activa su potencia que va de su configuración inmediata como planta a su potenciación de embriagar en saber y conocimiento. Tal como los Desana narran el acontecimiento del nacimiento del niño-yagé, así se propicia su preparación en el ritual. Al yagé se le lleva al espacio ritual, soplándolo previamente con tabaco en su espacio natural, se le limpia la epidermis para separar el musgo que se le adhiere en la selva, se le abriga en el fogón y se le pinta el

cuerpo con la planta adecuada, el **okó 'ikó** (*Diplopteris cabrerana*). El abuelo lo invoca-en-canto-conjuro para potenciarlo en sonoridad del ver. En el invocar-conjurar se le sopla con tabaco, se le sahumera con “pegote” de panales de abejas, se le “ventea” con manojos de hojas-del-viento-selva (“pichanga” o **huairasacha**), se le canta en la invocación de sus potencias. Sólo así se puede ofrecer a beber el alimento del cordón umbilical del universo, el **sumundá**-serpiente, para nomadizar el espacio y nomadizar el pensamiento en la embriaguez del saber y del conocimiento.

En esta embriaguez propiciada en el ritual, se activa un tiempo-otro, cuya propiedad es esquivar el presente inmediato, el presente del yo, el presente del cogito, el presente del yo-pienso, el presente de la importancia personal, el presente de la racionalidad sedentaria. Se activa una temporalidad **aión**, instante sin espesor y sin extensión que subdivide cada presente en pasado y futuro. En un instante se activa un acontecimiento pasado enunciado en las mitogonías para activar un acontecer futuro. La anaconda-ancestro emerge en el espacio ritual y lo envuelve, al tiempo que los espíritus-ancestros de la selva se presentan con sus coronas de plumas, su pintura facial, sus collares de cuarzo y de colmillos de animales, sus brazaletes de plumas o de espinas, sus armas guerreras, sus sonajeros para activar la música danzante, sus conjuros y cantos de curación. La anaconda abraza el cuerpo del bebedor, le canta al oído sus conjuros y potencias, lo devora y lo conduce al mundo subacuático. Y deviene dragón, serpiente-jaguar-emplumado para llevarlo a lo celeste y desde allí a lo hipotónico.

Allí donde surge el yagé acontece un acto chamanístico enunciado en mitogonías. Es un chamanizar que se enuncia en la discursividad que habla de lo visto en experiencias *nagual*. Las mitogonías son la discursividad de lo *nagual*. *Nagual* es aquello-otro que configura el afuera del arreglo del mundo realizado en lo *tonal* (la descripción y “arreglo” –orden o norma– existente en la naturaleza, la cultura y la sociedad que la razón humana ha establecido en ellas). El yagé en su multiplicidad de emergencias, como surge y lo conoce la gente en experiencia *nagual*, configura un rizoma (Nota 7) mitogónico: las lianas se expanden en conexión de espacios diferenciados (selvas, río, llanuras y culturas) en heterogeneidad y multiplicidad (bejuco, cabello, mirada-de-Sol, niño, flor, cordón umbilical-cósmico) en ruptura asignificante (sus configuraciones de multiplicidad no remiten a una traducción estructural de significantes análogos u homólogos: el yagé no se identifica con ninguna de sus configuraciones múltiples, más bien, se potencia en multiplicidad de configuraciones) que za una cartografía del chamanizar. En su cartografía se vivencia los acontecimientos y espaciamientos mitogónicos relacionados con su encuentro, las prácticas rituales de su uso y las potencialidades de experiencia *nagual* (Nota 8) que propicia su uso para nomadizar la existencia. El yagé se nomadiza en el espacio y lo nomadiza, al tiempo que nomadiza la existencia de quienes se encuentran con él. Su cartografía es una nomadología de latitudes y longitudes. Sus longitudes pasan por la selva, los ríos, los árboles y las diferentes instancias del

cosmos configurándose en ellos como cabello, flor-solar, niño-yagé, índice-bejuco, en multiplicidad corpórea. Sus latitudes, “los estados intensivos de una **fuerza anónima** (fuerza de existir, poder de afección)” (Nota 9), permiten nomadizar el espacio y el tiempo en la intensidad y dimensión *nagual*. Al propiciar este vivenciar las experiencias narradas en lo mitogónico. Estas experiencias pasadas, narradas en lo mitogónico, son vividas ahora en el futuro, en un instante sin espesor y sin dimensión que subdividen el presente, de quien bebe el yagé, en pasado y futuro. Potencian así, bebedor de yagé, en la experimentación de una dimensión **aión**. El sábado 11 de marzo de 1995, vivimos así una experiencia en una sesión de yagé.

En los días anteriores consultaba una documentación mitogónica de los Letuama (familia lingüística Tucano Oriental, habitantes del río Pirá en el Vaupés), respecto al hombre-jaguar. Cuando un chamán inicia a un joven en la experimentación chamanística del devenir-jaguar, le da a beber yagé y lo conduce hasta la morada de Sol-jaguar para que sea devorado por él y, una vez devorado, vea el mundo por el ano del jaguar. La morada de Sol está en el nivel superior del cosmos, encima de una gigantesca roca-imán, la cual está arriba de la morada de los antepasados muertos. Esta, a su vez, se encuentra en la parte superior de lo celeste, arriba del aire que rodea la Tierra. Para cruzar el espacio donde está la roca-imán, el chamán debe arrojarle su lanza-guerrera para que el imán atraiga este cuerpo y deje libre el del chamán y el del iniciado, para que puedan ascender hasta Sol. De lo contrario la roca-imán los atraerá y los arrastrará con fuerza, matándolos (Nota 10).

Ese sábado, *Shinye* —un niño de dos años, hijo de unos amigos (Nota 11)— se encontraba enfermo. Una pediatra le diagnosticó una afección bronquial y recomendó realizarle exámenes de Rayos X. Le sugerí a los padres la posibilidad de curarlo con el yagé que nos facilitó el abuelo Francisco Piaguaje. Ellos accedieron. Como el niño cumplía años el siguiente lunes, decidí además de curarlo, hacerle un obsequio: iniciarlo en el yagé e ir con él a conocer la morada de Sol-jaguar. Le obsequié una taita labrada con la presencia del cóndor y el jaguar, para que sea su recipiente de beber yagé, con el tamaño de la medida que corresponde a un niño de su edad. Bebimos todos los asistentes a la sesión y cuando ya estábamos embriagados con el enteógeno, después de cantar-invocar sus potencias, nos vestimos, *Shinye* y yo, con la potencia de jaguar-cóndor. Tomé en una mano la espada metálica que me donó en su conjuro Taita Martín Agreda, le expliqué a *Shinye* que íbamos a volar hasta Sol, le tomé su mano con mi mano y ascendimos en vuelo hasta la maloca de los antepasados, donde habitan todos los difuntos. Una bruma-nubosa-blanca-transparente conforma su consistencia y la rodea. Su arquitectura es la de las malocas rectangulares del Vaupés, con los diseños del yagé plasmados en sus paredes tejidas de fibra-vegetal-nubosa. Su techo es de palma-nubosa. La puerta oscila adentro-afuera, afuera-adentro en la bruma-nubosa-blanca-transparente que conforma el interior de esta maloca. Adentro fluye el movimiento de esta bruma en vibraciones y oscilaciones. Nos quedamos un rato observando-

la, escuchando el silencio de las vibraciones y oscilaciones de la nubosidad de ese espacio. *Shinye* quiso entrar, lo sentí en una leve sensación en su mano. Le expliqué, casi en susurro, que allí no era donde íbamos. “Esta es la morada de nuestros antepasados, los difuntos. Ahí habitan nuestros abuelos, los abuelos de los abuelos de los abuelos de nuestros abuelos. Ahí van a estar tus abuelos y tus padres. Ahí vamos a estar nosotros...”. *Shinye* observaba con mucha atención. La maloca empezó a transformarse configurando todas las arquitecturas posibles, conocidas y desconocidas. Así es esta maloca, es la arquitectura para todos los antepasados posibles, en la persistencia de su consistencia bruma-nubosa-blanca-transparente que configura las formas, diseños y colores de todas las arquitecturas.

Renovamos nuestro vuelo en ascenso. Un leve impulso con los pies y ya cruzábamos el espacio nuboso. En el vuelo veloz, arrojé la espada al centro del nuevo nivel cósmico. Una fuerza imantada la atrajo con vertiginosidad hacia su centro, al tiempo que ascendimos y cruzamos este nivel. Al empezar a cruzar este espacio y arrojar la espada al centro de él, se creó un vacío por el cual ascendimos a gran velocidad. Sólo quedó la sensación de cruzar por un espacio con el profundo color del vacío. En el instante de cruzarlo, retornó a mi mano la espada. Ahora era refulgente, con el color brillante y vibrante del fuego. Retornó a mi mano con una fuerza mayor de espada-guerrera. Ya estábamos en el nivel cósmico de Sol.

Una planicie, un disco dorado, sólida. Allí una maloca. A lado y lado de su entrada, dos guacamayas gigantes, con sus colores refulgentes, la custodian. La maloca-Sol es un gigantesco jaguar. Parados frente a este cuerpo-maloca-jaguar-Sol, lo observamos en silencio. Una voz dijo: “¡Entre el niño primero!”, al tiempo que se abrían las fauces del jaguar, la puerta de la maloca. Solté su mano. *Shinye* entró sin titubear por entre los inmensos colmillos de las fauces abiertas. Su interior se veía oscuro. Se adentró en esa oscuridad. La puerta se cerró. De nuevo la voz dijo: “¡Entre usted!” y se abrió las fauces-jaguar. En el centro de la maloca-jaguar escuché la voz de *Shinye* que emitía un esbozo de llanto en la sorpresiva oscuridad. Me adelanté rápido. Lo ubiqué en la oscuridad y al tomarlo de la mano, se tranquilizó. Le indiqué en el fondo un punto luminoso, nos dirigimos a él. Era el ano del cuerpo-maloca-jaguar-Sol. Le expliqué que miráramos por él. *Shinye* se asomó. Su rostro encajó perfecto en esa abertura. Le sugerí que mirase lo que más le gustara. Tras un instante, vi lo observado por él. *Shinye*, sin sacar su rostro de ese hueco, me mostraba aquello en que fijaba su atención. Una sala de juguetes en un jardín infantil, llena de todos los juguetes posibles: caballitos de madera en balancín, triciclos, pelotas, muñecos... de muchos colores, de materiales y consistencia diversa. *Shinye* contemplaba extasiado. Pude sentir el brillo de sus ojos observando ese espacio lúdico. Después de un rato, se retiró. Me coloqué frente al ano de la maloca-jaguar-Sol. Mi rostro encajó perfecto en ese círculo. Un torrente de fibras ondulantes y luminosas de diferentes colores el fluyó ante mi. Ellas me condujeron hasta un fondo de agua. Entre una masa de agua en movimiento me encontré. Al tiempo estaba observando con mi rostro encajado en el ano-solar-jaguar y transportado en ese fondo acuoso. Quise que *Shinye*

Cordón del Universo
(*Banisteriopsis caapi*) enseñado
por el Abuelo Francisco Piaguaje,
chamán de la Comunidad Siona
del Resguardo de Buena Vista, río
Putumayo.



viera la experiencia y sentí que él la veía, aún cuando su rostro no estaba en medio de esa cavidad. Una pequeña fibra de luz empezó a ondular y vibrar. Crecía lentamente. De su cuerpo se desprendía y configuraba toda clase de seres vivientes subacuáticos: vegetales, peces de todos los colores, formas y tamaños; rayas, anguilas. Y la fibra de luz en su vibrar y ondular se iba configurando en una anaconda, en movimiento plácido, tranquilo. De su cuerpo se desprendían otras anacondas y serpientes más pequeñas, sus hijas. Todo el espacio acuoso se pobló de seres vivos que se desplazaban a uno y otro lugar, algunos ubicaban sus madrigueras aquí y allá. Anaconda se desplazó, navegó al interior del agua. Ascendió a la superficie. Se dirigió al borde, a la orilla. Al tocarla, su cuerpo configuró la Tierra. La Tierra-selva surcada por un gran río. En la selva, emergían aquí y allá todos sus animales. Anaconda se internó en la Tierra-selva y ahora su cuerpo devino-jaguar. Un gran jaguar. Él nos condujo al sitio donde realizábamos la sesión de yagé. Coloqué la espada en su sitio. *Shinye* estaba ahora recostado. Los asistentes, cada uno estaba en su propia experimentación. Entoné el canto ritual, agradecido. Luego me acerqué y curé el cuerpo del niño. No tenía ya ninguna afección bronquial. Vomitó y se tiró un pedo. Le coloqué un cristal de protección en la parte superior de su cabeza, para iluminar su cuerpo y su inteligencia. *Shinye* durmió un buen rato. En la madrugada tomó de su totuma un poco más de yagé. Al otro día cagó una masa pútrida. Durante el día, le decía a sus padres: “¡Willi, volar!”. “¡Willi, volar!”.

La embriaguez del yagé permite también vivir experiencias *nagual* diferentes a las narradas en las mitogonías. En todas, propicia una percepción háptica (visible-táctil). Lo visto es tangible. Se pueden palpar los colores, se escucha la musicalidad del color y la musicalidad del color se hace táctil. Un color es así mismo un cuerpo y un cuerpo es multiplicidad de colores, de presencias, de sonidos. En un ritual realizado por el abuelo Francisco Piaguaje en su *ñawé* (“casa de ver, espíritu”, maloca de yagé), durante el crudo verano de enero de 1995, mientras el abuelo cantaba y ascendía hasta la morada de **+’zigí** (“Sol”) para invocar la lluvia, apareció un hombre cubierto con una túnica blanca que terminaba en capucha cubriéndole la cabeza y el rostro. Abrió sus brazos y rodeó con ellos el *ñawé* en un gran abrazo. Después de esto, se despojó de la túnica. Su cuerpo era el de un chamán-guerrero: en la cabeza una corona de plumas de guacamaya y loros, el rostro trazado en diseños de colores rojo y amarillo, brillantes. En la mano derecha portaba una lanza con sonajeras y plumas de colores brillantes, la lanza terminaba en un diseño que configuraba una máscara-jaguar de oro con penachos de plumas. El chamán-guerrero movió el brazo en que portaba la lanza-máscara y la colocó frente a su rostro. Al instante él ya era un gigantesco jaguar, su cuerpo se cubrió en la piel del jaguar con sus pintas de amarillo y negro. Dio un salto. En el movimiento del salto de este **baín yaí** (“hombre-jaguar”) se configuró una gran espiral de miles de colores brillantes, a medida que avanzaba su cuerpo en el espacio. En el espacio del salto, en esa espiral colorida se dirigió a mí y se introdujo en mi frente. En ese instante mi cuerpo devino en jaguar, mi piel tenía el colorido del jaguar y mi cuerpo era jaguar.

Vivía la potencia de un devenir-jaguar. Deambulé por la selva y me encontré con otros jaguares y con otros animales (venados) con los que jugueteamos. La selva estaba plena de existencias otras, los árboles eran gentes que actuaban entre sí y nos observaban... Al amanecer del otro día, el abuelo explicó que Sol es un hombre muy antiguo rodeado de guacamayos, dueño del verano y del invierno. Que la noche anterior había estado con él y que ahora llovería. Ese día llovió y continuó lloviendo, unos días sí y otros no. En el ritual del yagé el abuelo no sólo propicia que cada uno de los asistentes viva sus propias experiencias, también activa acontecimientos en los que vive espacios mitogónicos para producir un futuro, en este caso propiciar la lluvia. Cuando el abuelo cantó para invocar la lluvia, ya estaba él en el espacio mitogónico, en el espacio *nagual*, ya estaba con el abuelo-Sol y se escuchó un trueno de aceptación que anunciaba ya la futura lluvia y la presencia en el espacio ritualizado del dueño del yagé, de **Riusú**. A partir del trueno, todos los asistentes empezamos a vivir la intensidad de nuestras experiencias. El espacio de la selva titilaba y resplandecía en presencias, colores y musicalidades infinitas.

En otra ocasión invoco-en-canto el devenir y la potencia-jaguar. Un gigantesco jaguar emerge en el espacio, abre sus fauces aguerridas en gesto fiero. De su interior fluye una esfera dorada. La sostiene entre sus fauces, entre sus colmillos. Me la coloca en las manos. En ella se configura el rostro radiante de Sol y al tiempo un rostro aguerrido, temible, de un guerrero con el rostro pintado de rojo, blanco y amarillo, con una corona de plumas de colores rojo, azul, verde y amarillo destellantes. Es el poder de combate-guerrero-de-Sol-jaguar. Con esta esfera se puede ver lo que se quiera y se puede actuar como se quiera. Luego jaguar me la introduce en el plexo solar. Es necesario una ética, un cuidado de sí en su uso.

El yagé nomadiza nuestra existencia y nuestro pensar. Nos permite en-viajar en *nagual caosmos*. Nos lleva al afuera del *tonal*.

El yagé es un enteógeno, entra en nuestros cuerpos para propiciar una potencia demiúrgica que activa el devenir. **En-theos** (“dios-adentro”): en estado de potencia demiúrgica, **-gen**: “devenir”. Es una planta que posibilita el devenir con potencia de vida. Su acción no es imaginativa, ni fantasiosa, ni corresponde a estados “oneirógenos” o de “metáforas mentales” de “tipo hipnagógico” como pretende interpretarlo Fericgla (Nota 12). El abuelo dice: “Es pura realidad”.



Notas:

Nota 1: Cucha Guamués, diciembre 2 y 1998. Ponencia presentada en el Seminario-Taller *Usos Rituales, Ceremoniales y Psicoterapéuticos del Yagé*, organizado por la Universidad Nacional, sede Palmira, y la Fundación Centro de Investigaciones Médicas Alternativas (CINMA). Palmira, diciembre 4 y 5 de 1998.

Nota 2: Richard Evans Shultes y Robert F. Raffauf. **El bejuco del alma**, p.21. Bogotá: Banco de la República, U. de los Andes, U. de Antioquia, 1994.

Nota 3: María Clemencia Ramírez de Jara y Carlos Pinzón, “Los hijos del bejuco solar y la campana celeste. El yagé en la cultura popular urbana”, p.174-175, **América indígena** vol. XLVI, 1:163-188, México, 1986. Benjamín Jacanamijoy Tisoy, **Chumbe, arte inga**. Bogotá: Ministerio de Gobierno, 1993.

Nota 4: Umúsin Panlón Kumu y Toloman Kenhíri. “Antes el mundo no existía”. **El Paseante** 11:69-82. Madrid: Siruela, 1988. Los autores de este texto, padre e hijo, son Desana, nacieron en una maloca situada en la margen izquierda del río Tiquié, afluente del Vaupés. En esta última parte de la mitogonía Desana respecto al yagé se describe lo experimentado por quien bebe yagé, a la manera de una repetición, en diferencia con lo experimentado por las primeras gentes al conocer el yagé en la maloca-río-maestro-de-canto.

Nota 5: Gerardo Reichel-Dolmatoff. **El chamán y el jaguar**, p.136-138. México: Siglo XXI, 1978.

Nota 6: Mientras que en la selva amazónica y en sus áreas de influencia transcultural, el yagé se prepara como una bebida producto de la cocción del bejuco-yagé con las hojas de *Diplopteris cabrerana* y/o *Psychotria viridis*, en los Llanos Orientales se asa la raíz del yagé para ser mascada abundantemente antes de inhalar el polvo de **dopa** (“yopo”, *Anadenanthera peregrina*). Torres C., William. Waji: «rezo» chamánico sikuani. **Boletín del Museo del Oro**, 37: 34-51. Bogotá. 1997.

Nota 7: Deleuze-Guattari precisan seis caracteres del rizoma: 1 y 2, principios de conexión y heterogeneidad; 3, principio de multiplicidad; 4, principio de ruptura asignificante; 5 y 6, principios de cartografía y calcomanía. **Rizoma**. Introducción, p.12-39. México: Premia, 1978.

Nota 8: Don Juan Matus le indica a Castaneda que lo propiciado por las plantas enteógenas, como el mescalito (**peyotl**, *Lophophora williamsi*), es la experimentación de lo *nagual*.

Nota 9: Gilles Deleuze. **Spinoza: Filosofía Práctica**, p.165-166. Barcelona: Tusquets, 1984

Nota 10: Milagros Palma. **Los viajeros de la gran anaconda**. Mitos y leyendas de los indios letuamas de la amazonia. Cap. V: El hombre-jaguar, p. 127-134. Bogotá: Indigo, 1994.

Nota 11: **Shinýe**, es el nombre de Sol en lengua Camëntsá (Valle de Sibundoy, Putumayo).

Nota 12: Josep M. Fericgla. **Al trasluz de la ayahuasca**. Antropología cognitiva, consciencias alternativas y oniromancia. Quito: Abya-Yala, 1996.

Cómo citar este artículo:

TORRES C., William. 2000. Liana del ver, cordón del universo: el yagé.
Boletín del Museo del Oro, No. 46. Enero.
<http://www.banrep.gov.co/museo/boletin>
<<http://www.banrep.gov.co/museo/boletin>>